



LETRAS
letrillas
LETRONES

JUSTICIA

Nuevo paradigma de la normalidad para explicar la plaza de Juárez

La violencia en Ciudad Juárez llegó a límites insólitos durante el mes de mayo, con las muertes de dos niñas que fueron asesinadas brutalmente. Una de ellas, Airis Estrella Enríquez Pando, tenía apenas siete años. Fue secuestrada después de salir de su casa rumbo a una tienda de abarrotes en su barrio. Después, sin explicar cómo dieron con el lugar, unos policías hallaron su pequeño cuerpo dentro de un tambo con cemento en una choza que está cerca de la “montaña del caballito”, un lugar ligado con el cártel de los Carrillo Fuentes que se conoce por clandestinas pistas de aterrizaje. Se determinó que la niña Airis había sido violada y

maltratada físicamente. Acaso fue cierto el rumor que corre por las calles, de que su muerte fue una venganza porque un familiar había denunciado un “picadero”, como les dicen en esta plaza a las tienditas de las drogas. Entonces se explicaría la saña con que la mataron; todo mundo sabe que los cuerpos entambados son una marca del crimen organizado, y que su mensaje es “no te metas”. Poco después, la niña Anahí Orozco Lorenzo, de solamente seis años, también fue violada y asesinada, y su cuerpo incinerado cuando alguien quemó su casa después de violentarla. El padrastro de Anahí fue acusado de su muerte, acusación que él negó, y el cadáver de ella fue trasladado a su tierra, en el Estado de Veracruz. Ese mismo mes, fue desaparecida Edith Aranda Longoria, de 22 años, una maestra. Se esfumó del centro de Ciudad Juárez cuando se dirigía a una entrevista de trabajo, lo que ha sido el mismo destino de muchas mujeres en una de tres plazas fronteri-

zas. Las otras son Tijuana y Matamoros, plazas que, como franquicias, generan jugosas fortunas para políticos, grandes capos, funcionarios y policías corruptos.

Las muertes de las niñas y la desaparición de la joven mujer impulsaron una serie de manifestaciones, y hubo casi una docena de marchas en las calles de Juárez. Algunas fueron organizadas con acarreados, y con el desfile de algunos capos de la mafia que no podían faltar. Ya son casi 450 las niñas y mujeres que desde 1993 han sido sacrificadas de diferentes maneras y por diferentes causas en la plaza de Juárez. Las autoridades están contentas con manejar una cifra de los feminicidios de alrededor de 350, y con regañar a personas que consideran estos crímenes fuera de lo normal para un ciudad moderna en donde imperan las empresas Fortune 500 de la industria maquiladora. Además de los feminicidios, la narco-violencia ha cobrado las vidas de más de dos mil hombres asesinados y desaparecidos. Docenas de mujeres también siguen desaparecidas. Cada vez que las autoridades, ya sean del PAN o PRI, insistan en que todo esto es normal, hay que fijarse en el discurso de los gobernantes para poder analizar su punto de vista: uno que no comparte la mayoría de la sociedad y que nace de un paradigma nuevo que refleja la vida cotidiana en las plazas que, en este momento, son ferozmente disputadas por mafias rivales.

Hay que ver lo que dijo recientemente la procuradora estatal de Chihuahua, Patricia González. Según el sitio web frontenet.com, la funcionaria dijo que el crimen organizado estaba involucrado en algunos feminicidios, pero no quiso dar detalles cuando unos periodistas insistían, porque, si ella decían quiénes eran, la iban a acribillar en cuanto saliera a la calle. ¿Saben quiénes son y no van por ellos? Después aparece en varios medios un relato interesante por parte del propio alcalde de Ciudad Juárez, Héctor Murguía: el alcalde dice que su jefe de policía, Juan Salgado, le habló por telé-

fono para avisarle que “varios jefes del crimen organizado en Ciudad Juárez le pedían que liberara a [algunos] sujetos detenidos y que así le deberían un favor” [Norte de Ciudad Juárez].

¿Acaso el jefe de la policía ya sabía quiénes son estos jefes del crimen organizado y no los denunció? Mientras, el Presidente Vicente Fox provocó fuertes reclamos cuando se expresó molesto, en el extranjero, al preguntársele sobre los feminicidios, en donde calificó las noticias como “refritos”, y agregando que la mayoría de los casos estaban resueltos y que los culpables estaban en la cárcel. A pesar de las palabras de Fox, la Federación envió a Mireille Rocatti, la segunda fiscal especial federal, a la frontera de Juárez para poner orden en estos casos. También en mayo, María Eugenia Díez Hidalgo, presidenta de la Comisión Mexicana de Derechos Humanos, declaró en rueda de prensa que los feminicidios, por lo menos en ciento diecisiete casos, están relacionados con la delincuencia organizada y con grupos poderosos que realizan orgías con mujeres secuestradas, a quienes después asesinan. Otra vez, las mafias son señaladas como las responsables, pero no se hace nada. Entre tanto, en Ciudad Juárez y la ciudad de Chihuahua unos misteriosos comandos armados siguen desapareciendo a personas, entre ellos un sobrino del abogado Sergio Dante Almaraz, defensor de Gustavo García Meza, uno de los choféres acusados de asesinar a ocho mujeres en Ciudad Juárez durante 2001. En mayo y junio ya se había detectado una verdadera guerra por parte de distintos cárteles de la droga para apoderarse de la plaza. Y así explicaron las autoridades la serie de asesinatos de policías y ex policías, como Jesús Buil Issa, quienes supuestamente formaban parte de la segunda línea de defensa del cártel de la droga. Aunque las llamas han llegado al estado de Chihuahua, el alcalde de Ciudad Juárez y el gobernador José Reyes Baeza, a semejanza de Nerón en Roma, han decidido continuar con sus planes de viaje a Francia. Al fin, para ellos todo esto es normal. Como parte de esta

lucha entre los narcotraficantes, en Nuevo Laredo asesinaron al nuevo jefe de la policía, Alejandro Domínguez Coello, un familiar del ex subprocurador antidrogas federal, Javier Coello Trejo. En Tijuana, los Arellano Félix seguían bañando en sangre la otra zona fronteriza, para marcar bien su territorio. Mientras que el Presidente anunciaba una fiesta en el Ángel de la Independencia, para celebrar la democracia que su partido político logró para México cuando él ganó la Presidencia en el 2000.

El mundo sabe que los feminicidios, surgidos como un fenómeno de Ciudad Juárez, se han extendido a otras partes de México. Son síntoma de la decadencia política del país, y las víctimas, tanto ellas como las del narco, representan los sacrificios para el consumo del Primer Mundo, de los productos de la manufactura y de las drogas. Según los gobernantes, esto y otros resultados de las guerras de las mafias, y las luchas de poder que observamos en estos tiempos, son solamente lo normal. Hasta ahora, el mensaje de los políticos típicos ha sido claro. Éste es el nuevo mundo y hay que acostumbrarse a ello. A cambio de mucho dinero, desde hace tiempo se vendieron las plazas fronterizas y, por lo consiguiente, el permiso para violar, secuestrar, torturar y asesinar.

Pero, para el bien del país, no todos los políticos quieren ser cómplices del silencio o la negación. El 12 de junio de este año, Patricia Mercado arrancó su precampaña para la Presidencia de México (por el Partido Político Alternativa Socialdemócrata) en Ciudad Juárez, y el lugar que seleccionó para esto fue el predio donde se hallaron ocho cadáveres de mujeres jóvenes en 2001. —

— DIANA WASHINGTON VALDEZ

VOZ VIVA

Octavio Paz: de vuelta a la UNAM

En la ya lejana tercera década del siglo XX, un joven estudiante abordaba todos los días el tranvía

en la terminal de Mixcoac para arribar a la entonces Escuela Nacional Preparatoria en San Ildefonso.* En el trayecto leía ávidamente algún libro tomado de la vasta biblioteca de su abuelo Ireneo y reflexionaba sobre la política, sobre la filosofía, pero, particularmente, sobre la poesía. En su cuaderno llevaba un puñado de poemas garabateados, que al llegar leería entusiasmado a sus compañeros y maestros. Su nombre era Octavio Paz Lozano.

Al arribar al Zócalo caminaba un par de cuadras, entre el contrastante barullo del barrio estudiantil y la grandiosidad de los edificios coloniales. Al llegar a la escuela, le agradaba recorrer los largos corredores, los patios espaciosos y las columnas airosas, y admirar los frescos de Jean Charlot, de Fermín Revueltas, de Diego Rivera y de José Clemente Orozco, acerca de los que tanto escribiría más tarde.

En ese entonces la Escuela Nacional Preparatoria, recién obtenida la autonomía de la Universidad, contaba con una planta docente excepcional: Pedro Argüelles, Alejandro Gómez Arias, Antonio Díaz Soto y Gama, Samuel Ramos, José Gorostiza, entre muchos otros. Sin embargo, de entre todas las clases, el joven Paz sentía especial predilección por la de literatura hispanoamericana, que impartía Carlos Pellicer con una voz “como venida de ultratumba”, decía Paz. Años más tarde, recordaría que los de Pellicer fueron los primeros poemas modernos que escuchó en su vida, y subrayaba especialmente aquello de “modernos”.

Ya desde entonces, la Escuela Nacional Preparatoria, y en sí toda la Universidad Nacional, era mucho más que una escuela: era un modo de vida y un modelo a escala de las contradicciones, inquietudes y esperanzas del México moderno. En sus patios, salones y corredores confluían las artes, las letras y las ciencias con la solidaridad, la amistad y el debate inteligente de las ideas. Paz recordó siempre con afecto su estancia en San Ildefonso: “Esos

* Palabras del Rector de la UNAM, Juan Ramón de la Fuente. Colegio de San Ildefonso, 26 de abril de 2005.

años fueron el comienzo de algo que todavía no termina: encontrar la razón de esas continuas agitaciones que llamamos *historia*.”

En efecto: en este ambiente proteico, Octavio Paz se siente llamado a ser poeta, pero sobre todo encuentra la conciencia de la universalidad del hombre moderno. Los muchachos de ese entonces constituían la primera generación mexicana que vivía la historia del mundo como algo propio, como certidumbre y voluntad. El mundo estaba en construcción, y los jóvenes mexicanos se sentían llamados a participar en esas labores. Así lo reconoció el propio Paz: “Mi generación fue la primera que, en México, vivió como propia la historia del mundo.”

Al mismo tiempo que publica su primer poema, a los diecisiete años, participa en debates y grupos de discusión política donde nace su pasión crítica, que nunca lo abandonará, y sobre todo lee ávidamente lo que publica la revista *Contemporáneos*, a cuyos creadores terminaría acercándose y con quienes habría de compartir su visión poética e intelectual, sobre todo con Xavier Villaurrutia y Jorge Cuesta. Más adelante, Paz contribuiría a difundir y valorar en su justa medida el legado de estos grandes poetas.

Varios años más tarde, Octavio Paz participaría en “Poesía en Voz Alta”, que fue tanto una propuesta fresca y renovadora de la escena mexicana, como una reunión memorable de artistas talentosos como Héctor Mendoza, Leonora Carrington, Juan José Arreola, Elena Garro, José Luis Ibáñez, Diego de Mesa, León Felipe y Juan Soriano. En el Teatro El Caballito, y promovido por la Universidad Nacional, el programa de “Poesía en Voz Alta” significó un parteaguas no sólo para el teatro, sino para la cultura mexicana en el siglo XX. Allí, rodeado por el talento, las ideas

y la imaginación de sus amigos y compañeros, Paz estrenó su obra *La bija de Rapaccini*, cuyo papel protagónico lo hacía nada menos que el gran escritor Juan José Arreola.

Valgan estas líneas para rememorar la importancia que la Universidad Nacional tuvo en la formación de una de las figuras fundamentales de la literatura y la cultura mexicanas. Es por ello que también nos congratulamos al presentar la edición del disco *Voz Viva* con poemas leídos por primera vez en la voz del gran poeta.

El disco se compone de dos lecturas realizadas en 1961 y 1967. En ambas se incluyen ejemplos emblemáticos de su obra como “Piedra de sol”, uno de los grandes poemas de la lengua española, así como poemas de los libros *¿Águila o sol?*, *Ladera Este* y *Semillas para un himno*. Estas cintas permanecieron guardadas en el rico acervo de *Voz Viva*, y gracias a la magia de la tecnología nos permiten revivir la presencia del poeta, del universitario, del hombre.

Para la Universidad Nacional es un verdadero privilegio haber contribuido a la formación del primer escritor mexicano galardonado con el Premio Nobel de Literatura. Las generaciones de la literatura mexicana del nuevo siglo continúan nutriéndose con la lectura de su obra. En nuestras aulas se siguen y seguirán estudiando su poesía y sus ideas sobre el papel del intelectual en el mundo moderno. Su firme posición crítica es un llamado a la independencia, a la imaginación y a la universalidad, cualidades que son hoy más necesarias que nunca, sobre todo en un mundo como el actual, acechado por la intolerancia y el desprecio a la inteligencia.

Es para mí un gran honor inaugurar así, a nombre de la Universidad Nacional Autónoma de México, la Sala Octavio Paz en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, porque los pasos de ese joven preparatoriano siguen retumbando en las calles del viejo barrio universitario, y la voz del poeta continúa escuchándose en las aulas y los pasillos de este edificio legendario. —

— JUAN RAMÓN DE LA FUENTE

POLÍTICA

La Francia que dice ¡no, no-no, no-no, no!

Me recuerda una canción de Michel Polnaref famosa en 1968 (¡el mayo francés fue un *no!*) que decía: “Tengo una muñeca, que dice no, no-no, no-no, no; todo el santo día, dice no, no-no, no-no, no...”

El *no* de mayo del 2005 me recuerda el *no* francés de 1954 que enterró el proyecto de una Comunidad Europea de Defensa: 51 años después Europa no ha podido construirla y no la va a construir pronto. Hoy en el mundo el único proyecto político original es, era Europa. ¿Una utopía? Eso parecen pensar esos franceses, ampliamente mayoritarios, que negaron el proyecto de Constitución. De hecho no es una Constitución; es un tratado entre veinticinco Estados que no crea ningún Estado federal europeo y tampoco cancela la Constitución Francesa. Cuando mucho crea un principio de Europa política al fundar una Presidencia y una Secretaría de Relaciones, darle a la Unión Europea la personalidad jurídica internacional, y aumentar el papel del Congreso europeo. Se vale decir que ese texto está mejor que el marco jurídico existente, a saber: el Tratado de Niza.

Los sondeos no fallaron al anunciar la victoria del *no*; sólo subestimaron la dimensión triunfal de esa negación (56 por ciento) con doce puntos de ventaja, un *no* que pasa en medio de las clases sociales y de los partidos y que une a la extrema derecha de Le Pen con la extrema izquierda “trotskista”, con los verdes, el Partido Comunista y más de la mitad del Partido Socialista. El *no* es mayoritario entre todas las categorías de asalariados, tanto del sector privado como del sector público, y alcanza el 83 por ciento entre los obreros espantados por el movimiento de deslocalización que cierra las fábricas en Europa (y en EE.UU.). De manera interesante, un estudio manifiesta que, en vísperas del voto, una mayoría de franceses, hasta

entre los partidarios del *sí*, le tenía más miedo a una victoria del *sí* (¿qué pasará?) que a la del *no* (*no* cambiará nada, seguiremos igual, además se podrá renegociar el tratado).

Todos los esfuerzos de toda Europa y de los mejores defensores del *sí* en Francia (Jacques Delors, Jean Daniel, Alain Touraine y muchos otros) no lograron tranquilizar a los franceses frente a lo desconocido. “Caminante, no hay camino...” “¿No lo hay? No camino, pues.” Desde 1983 la tasa del desempleo en Francia es superior al 10 por ciento y afecta 22 por ciento de los jóvenes; es una experiencia terrible que se ha vuelto permanente. Los franceses se equivocan cuando creen que la Unión Europea tiene la culpa, pero les habían dicho que el mercado único y el euro significaban prosperidad y crecimiento. Se equivocan de la misma manera cuando creen que el déficit creciente del Seguro Social y la quiebra por venir del sistema de pensiones se deben a Europa. Los Estados Unidos (y México) tienen el mismo problema.

Al identificar Europa con el liberalismo y la economía de mercado, se ilusionan; Europa, como China, como la India, está en la economía de mercado, y vetar la “Constitución” no servirá de nada. Mantendrá un tiempo la ilusión de que los problemas socioeconómicos de Francia no tienen causas francesas, y de que la culpa la tiene la maldita globalización, de la cual Europa es el instrumento.

Alain Touraine apoyó el *sí*: “Es seguro que si vota *no*, Francia perderá su lugar central en Europa y, al mismo tiempo, reforzará en ella a todas las fuerzas que se oponen a unas iniciativas necesarias [...] Rompe con la evolución de Europa durante cincuenta años, y el futuro de Francia se verá gravemente comprometido.”

Jean Daniel —quien encabezó valientemente desde la dirección de *Le Nouvel Observateur* una contraofensiva a favor del *sí*— terminó desesperado: “Si se mira caso por caso, es cierto que los franceses tienen opiniones diferentes, pero lo que siempre aprueban es el rechazo, la opo-



sición; en definitiva el *no*.” No era ni sordo ni ciego ante las razones del descontento generalizado, pero decía —y pienso lo mismo— que el voto sobre la Constitución no tenía nada que ver con la necesidad de cambiar a la sociedad francesa. Pero el fondo del problema ¿no será que los franceses no quieren cambiar nada? Para que no cambie nada son hasta capaces de hacer una revolución. (El *no* holandés, que se confirma mientras escribo —1º de junio—, merece otro artículo: obedece a razones diferentes.) —

— JEAN MEYER, CIDE

PATRIMONIO

Un edificio para el AGN

México posee el archivo histórico más rico del continente. Sus tesoros documentales incluyen códices del siglo XVI, los acervos de la administración virreinal, cartas de Hernán Cortés, de Sor Juana Inés de la Cruz, la cédula de creación de la primera universidad que abrió sus puertas en América, las tablas geográficas de Alejandro de Humboldt, el Acta de Independencia, todos los originales de las Constituciones de México —incluida la que nos rige— y nuestros símbolos patrios, por sólo mencionar algunos ejemplos. Sus ricos fondos han sido declarados parte de la memoria del mundo por la Unesco. Sin embargo, tales joyas documentales se encuentran en un edificio inadecuado, que no cumple con las normas internacionales para la preservación de los documentos.

El llamado “Palacio de Lecumberri”, sede del Archivo General de la Nación, fue construido para ser una cárcel modelo. Su estructura panóptica facilitaba la vigilancia de los internos, pero es del todo impráctica para depositar los documentos en sus celdas. Su forma arquitectónica imposibilita mantener la temperatura y humedad homogénea requerida.

La adaptación se hizo con materiales de baja calidad, los techos de las galerías —por ejemplo— no aíslan de los cambios de temperatura. Para quitarle el aspecto lúgubre de la prisión, se dejó todo sin puertas, por lo que los documentos quedaron a la intemperie durante años, en una de las zonas más contaminadas de la ciudad de México. Por ello, los ácidos nítrico y sulfúrico han destruido documentos, como los del Banco del Avío de Lucas Alamán, nada menos que del fundador del Archivo General y Público de México. Además, muchos documentos fueron robados, al ser el único archivo del mundo que tenía su estantería abierta.

Por si eso fuera poco, el edificio está en constante riesgo de inundación, por estar más de un metro y medio por debajo del nivel de la calle y por encontrarse a una cuadra del Gran Canal del desagüe, en la parte que corre a cielo abierto y que, dadas las condiciones del drenaje profundo, está en grave riesgo de desbordarse. Nunca se debió poner un archivo en semejante ubicación.

Es evidente que quienes ubicaron el AGN en Lecumberri no obraron de mala fe, aunque subestimaron los riesgos. Se fascinaron con la idea de convertir al “Palacio Negro” en un centro de cultura, para que, donde antes el Estado vigilaba a los infractores de la ley, ahora la ciudadanía vigilara al Estado.

Sin embargo, el tiempo ha dado la razón a quienes opinaron en contra de poner el archivo en Lecumberri, como Charles Kecskemeti, secretario general del Consejo Internacional de Archivos —organismo fundado por Jaime Torres Bodet cuando fue secretario de la

Unesco—, y el antiguo director del Archivo Nacional, Ignacio Rubio Mañé.

Todos podemos equivocarnos, lo grave es perseverar en el error, y peor todavía que, a sabiendas de que se está perdiendo el patrimonio documental de la nación, se impida salvarlo por intereses políticos, de partido o personales. Negar las evidencias científicas y técnicas de los especialistas ha sido irracional e irresponsable y ha causado un perjuicio, en muchos casos irreparable, al patrimonio documental de México.

Las condiciones políticas y económicas del país parecen poco propicias para emprender la empresa de construir el edificio que el Archivo requiere. Por ello es lamentable que tal obra se haya frenado seis años atrás, ya que el proceso es largo y llevará mucho más que un sexenio para realizarse. Mientras tanto, los documentos siguen perdiendo vida.

Hoy se discuten diversas iniciativas de una ley de archivos en el Senado de la República y en la Cámara de Diputados, para subsanar las omisiones de la Ley Federal de Transparencia y Acceso a la Información Pública del año 2000; La LFTAI es, a su vez, la ley reglamentaria de la reforma al Artículo 6º Constitucional, que incorporó la frase: “El Estado garantizará el derecho a la información”, cuya aplicación —reglamentación— quedó pendiente desde 1977, por lo que tal derecho no se pudo ejercer.

Es deseable que la ley de archivos sea aprobada próximamente, para que se preserven los documentos y realmente se pueda ejercer el derecho a la información. Y que las autoridades correspondientes inicien cuanto antes la construcción de un edificio *ad hoc*, conforme a las normas internacionales, para preservar los documentos de la nación.

El mejor termómetro para medir el grado de civilización de los pueblos es su conciencia histórica y el cuidado que otorgan a sus bienes culturales. Siempre es mejor prevenir que lamentar. No permitamos que se siga deteriorando nuestro patrimonio documental. —

— PATRICIA GALEANA

PERIODISMO

Los rumores de mayo

La sustancia del escándalo es relativamente sencilla. El semanario *Newsweek* publicó una nota corta —diez líneas apenas, menos que la introducción de esta letrilla— en la que se reseñaba un reporte del Comando Sur del ejército estadounidense sobre el trato a los prisioneros de Guantánamo, el infame hoyo del infierno en el que, de acuerdo con el Departamento de Justicia de Estados Unidos, no se aplica ninguna ley. Como se reseñó hasta el cansancio, la nota resultó de un trabajo periodístico más bien mediocre: dos reporteros estrella, bajo presión para obtener alguna primicia que no hubieran obtenido ya los diarios ni las cadenas de televisión, decidieron publicar una nota “filtrada” que ni el Pentágono ni la Casa Blanca se dignaron confirmar ni negar. La nota tenía una sola fuente gubernamental anónima, y lidiaba con el contenido de un documento que aún no se había escrito y que supuestamente contendría una referencia al maltrato del Corán por parte de los interrogados estadounidenses —específicamente, tirarlo al retrete— y otra referencia al uso de correas de perro para humillar a los presos. La nota llegó al día siguiente a manos de un legendario jugador de cricket paquistaní, Imran Khan, que convocó a una conferencia de prensa para denunciar el maltrato al libro sagrado. Después de la conferencia, la acusación apareció en la propaganda de un grupo afgano —o varios— que incitó disturbios en algunas ciudades de Afganistán matando, presuntamente —la cifra parece apócrifa—, a doce personas en el proceso. A raíz de los disturbios, se llevaron a cabo manifestaciones en algunos países árabes y los principales líderes de opinión del mundo musulmán comentaron el asunto. Entretanto, varios funcionarios estadounidenses —auxiliados por decenas de comentaristas— se apresuraron a tachar al semanario de irresponsable —en algunos casos, lo acusaron incluso

de negligencia criminal— por publicar una nota tan controversial que, como se demostró después, no podía confirmar.

La acusación de que la nota de *Newsweek* causó la violencia en Afganistán —y la consecuente oleada de manifestaciones y condenas en el mundo musulmán— es un despropósito, por supuesto. Como señaló después el comandante de las fuerzas estadounidenses en Afganistán, los disturbios se venían preparando desde hacía meses. De la misma forma, la idea de que el reporte de la revista sobre el abuso contra el Corán es particularmente incendiario resulta ridícula en el contexto de un abuso sostenido y bien documentado en contra de los presos en Guantánamo y Abu Ghraib. (Aunque se puede argumentar, ya entrados en sandeces, que Khan habría tenido que buscar sus referencias en otra parte y quizá se habría cansado.) El hecho es que la única acusación que se sostiene en contra del semanario es la de haber confiado demasiado en una fuente anónima y, en ese entendido, merece ser analizada con más cuidado: las implicaciones para el futuro de la prensa estadounidense son numerosas.

La transgresión de *Newsweek* a los cánones del periodismo que defienden los puristas es, sin embargo, más bien menor y sobre todo bastante común. En el esfuerzo por no perecer bajo el peso de la maquinaria que publica noticias veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, en la televisión por cable e internet, los medios impresos estadounidenses han relajado un tanto los estándares que se le aplican a las primicias. No se puede encontrar ya una nota interesante en el *New York Times* o el *Washington Post* que no esté plagada de misteriosas citas de burócratas que preferirían guardarse su nombre y en la que casi la única confirmación es otra cita anónima o un documento que nadie conoce oficialmente, pero que a alguien le interesa sacar a la luz.

Se trata de “periodismo por rumor”, si se quiere, pero es parte integral de la cultura periodística estadounidense

desde hace tiempo, y no falta quien lo entronice como uno de los bastiones de la democracia. ¿Cómo, si no es por la mano de los burócratas agraviados, nos enteraríamos de lo que el gobierno no quiere que nos enteremos? ¿Quién puede resistirse a la imagen romántica de Woodward y Bernstein destruyendo la Presidencia de Nixon gracias a la ayuda de —sabemos ahora— un *apparatchik* defendiendo su agencia? Es, además, un juego que le sienta particularmente bien a los periodistas profesionales y sus fuentes. Los unos capitalizan el laborioso esfuerzo de obtener acceso a chismosos confiables para mantenerse por encima de la competencia, mientras que los otros tienen la oportunidad de avanzar su agenda sin comprometerse.

En este contexto, la decisión del gobierno estadounidense y algunos medios de condenar el manejo de fuentes de *Newsweek* resulta menos un —justificable— prurito sobre el profesionalismo noticioso, y más una poderosa llamada de atención para la prensa estadounidense. El escándalo sobre los rumores de mayo de *Newsweek* es un síntoma de que el juego quizá haya ido demasiado lejos. Sería lamentable que el abuso de las fuentes anónimas les diera un pretexto a todos aquellos que preferirían gobernar al margen del escrutinio mediático. Ésta es la primera llamada. —

— JAIME LÓPEZ-ARANDA TREWARTHA

REVELACIONES

Motivos de una garganta

Vaya anticlímax. “Garganta Profunda”, el legendario soplón del escándalo Watergate, el mismo que le soltaba perlas a Bob Woodward en un oscuro estacionamiento entre profusas nubes de humo, ha resultado ser, no un maquiavélico titiritero a la Henry Kissinger ni un hombre cercano al siniestro Richard Nixon —como Alexander Haig—, sino un resentido burócrata de segunda, uno de esos *insiders* que lo son casi por

inerencia y quien, cargando una cuenta pendiente, decidió vengar una decisión injusta —un ascenso que creía merecer y que no recibió— difundiendo información confidencial que, a la larga, terminó por cortarle la cabeza a un presidente. W. Mark Felt, hoy de 91 años, ya había tenido una larga y opaca trayectoria dentro del FBI cuando, en 1972, sintió que al fin llegaba la oportunidad de su vida en el servicio público. La muerte del legendario director del FBI, el polémico J. Edgar Hoover, abría la puerta a varios candidatos que habían esperado pacientemente su turno de escalar hasta el más alto peldaño de la pirámide del espionaje estadounidense. Felt —leal y disciplinado como pocos— estaba entre los candidatos. Sin embargo, Nixon, inescrutable como era, se decidió por L. Patrick Gray, un auténtico desconocido cuya única virtud era la incondicional fidelidad que le guardaba al presidente. Felt nunca olvidaría aquella injusticia. Lo único que necesitaba era una excusa para cobrarse la afrenta.

El 28 de mayo del mismo año, un grupo de cuatro cubanos exiliados y un ex empleado de la CIA fueron sorprendidos mientras asaltaban las oficinas del Comité Nacional Demócrata en el edificio Watergate. Ben Bradlee, editor del *Washington Post*, envió al joven reportero Bob Woodward, que trabajaba en la poco glamorosa sección metropolitana, a cubrir la noticia. Allí, Woodward recibió el regalo con el que sueña todo periodista: un cabo suelto. James McCord, el jefe de la operación, confesó, en una audiencia preliminar, haber laborado en la Agencia Central de Inteligencia. Al día siguiente, Woodward —ya acompañado por Carl Bernstein, el otro héroe periodístico de la historia— logró acceder al archivo de los detenidos y encontró una agenda que contenía, entre otras cosas, un par de números telefónicos de la Casa Blanca. La maraña empezó a desenrarse.

Pero Woodward necesitaba otro regalo para atar los cabos del hilo que comenzaba a aparecer. Lo encontró en

su viejo mentor y amigo Mark Felt. Se habían conocido en 1969, cuando Woodward, teniente de la Marina, coincidió con Felt, agente del FBI, precisamente en la Casa Blanca. Desde entonces, de acuerdo con Woodward, Felt se convirtió en una especie de padre sustituto, aconsejando al joven *marine* qué hacer tras sus años de uniforme. En 1972, aquella amistad tendría consecuencias históricas. Woodward llamó a Felt apenas unos días después de la irrupción en el Watergate. Felt seguramente vio llegar la hora de la venganza y comenzó a soltar, sin prisa



Felt: ¿pasta de héroe?

pero sin pausa, todo lo que sabía. Al poco tiempo, Felt empezó a convocar a Woodward a las dos de la mañana a breves e intensas reuniones en la penumbra de un garaje al otro lado del Potomac: “*Follow the money*”, le dijo de manera célebre el confidente al periodista. Woodward comenzó a citar a “Garganta Profunda” —el nuevo seudónimo de Felt— y comenzaron a rodar cabezas.

Hoy, treinta y tres años después, Mark Felt ha decidido seguir su propio consejo. Con el afán de corregir otra de las injusticias de su vida —todos los otros protagonistas del escándalo se han llenado los bolsillos de dinero, mientras él vive modestamente con su hija en California—, el viejo Felt finalmente ha

decidido hablar para asegurarle un futuro a la familia. Felt accedió a las peticiones de su hija Joan —o quizá accedió, dado que lucha, desde hace años, con las secuelas de un infarto— y permitió la redacción de un largo texto sobre sus años en la era Watergate. Ahora, tras el artículo que aparece en *Vanity Fair* de julio, W. Mark Felt seguramente recibirá ofertas millonarias para un libro autobiográfico (aunque, paradoja de paradojas, ya escribió uno en el que, naturalmente, negaba ser “Garganta Profunda”). Bob Woodward, siempre astuto, también se verá beneficiado casi de inmediato. Sabedor de que la identidad de su informante podía salir a la luz en cualquier momento, Woodward ya había escrito un libro narrando a detalle su relación con Felt. El manuscrito debe estar, ahora mismo, girando en la imprenta.

Una vez conocido el hombre detrás del secreto mejor guardado de la historia del periodismo estadounidense, ¿qué queda de “Garganta Profunda”? Quizá la discusión debiera centrarse en los motivos de Felt: no cabe duda de que Felt está lejos de ser el héroe patriota de *Todos los hombres del presidente*. Sin embargo, Felt tampoco es un cínico absoluto. Después de todo, alguna parte de él seguramente guardaba algo de ese sentido del deber del que presumen aquellos que han dedicado su vida entera a ésta u aquella institución. “Garganta Profunda” llegó hasta aquel estacionamiento impulsado por dos polos opuestos de la condición humana: el resentimiento y la búsqueda de la justicia. Lo primero habría que criticárselo y lo segundo, aplaudírselo. W. Mark Felt acabó, a final de cuentas, con un gobierno paranoico, racista y vulgar. Las confidencias de “Garganta Profunda”, el olfato de Bob Woodward y el respeto —ahora tan lastimado— a las fuentes anónimas *confiables* (énfasis en el adjetivo) pusieron el alto a la desbordada desvergüenza maquiavélica de los Nixon y los Kissinger. Qué falta nos hace, en ese sentido, el grito de alguna otra garganta ambiciosa. —

— LEÓN KRAUZE

MERCADO

Malcolm Glazer: Un yanqui en la cuna de fútbol

Un nuevo juego de computadora está cautivando al norte de Inglaterra. Es simple, gratuito y se puede conseguir en internet. ¿De qué se trata? La descripción que aparece en la página lo explica todo: “Aquí viene el millonario Malcolm Glazer en paracaídas sobre Old Trafford con todo su dinero. ¿Puedes hacer que aterrice sano y salvo para rescatar al Manchester United?” Una pieza de humor inglés en un asunto que, para más de dos millones de aficionados, es mucho más serio de lo que podría pensarse. Los ingleses no se toman el fútbol a la ligera. Nacen, viven y mueren como fanáticos de un equipo y nunca lo traicionan. Los clubes han permanecido inmutables desde su fundación, a mediados del siglo XVIII, sin importar crisis económicas o fracasos deportivos. Cualquier pequeño cambio es visto con horror por los aficionados, para quienes es mucho menos grave que su equipo descienda a la cuarta división, a que se mude a un estadio nuevo, a unas decenas de kilómetros de su emplazamiento histórico. Hasta hace unos pocos años, la idea de que un equipo cambiara de ciudad —como sucede en México—, que los partidos dejaran de jugarse en el sagrado *Football Saturday*, o que un multimillonario se apropiara del patrimonio de miles de socios con antigüedad certificada, habría provocado carcajadas. Pero el balón rueda y los tiempos cambian. La creación de la Premier League, en 1990, abrió la Caja de Pandora para el aficionado tradicional. El fútbol inglés dejó de ser un producto artesanal y entró en las leyes del mercado. La televisión comenzó a repartir dinero y dictar sus reglas. Los clubes entraron en la bolsa y los aficionados tuvieron que acostumbrarse a no tomar las decisiones en sus equipos. Se resignaron a mirar el espectáculo desde la comodidad de su sillón favorito.

Entonces llegaron los *Sugar Daddys*.

La guerra fría del balón

Roman Abrámovich apareció de la nada y lo compró todo. El magnate ruso del petróleo, bajo sospecha en su país por enriquecimiento ilícito, perseguido por la nueva política de Vladímir Putin contra los *nouveau riches* de la era Yeltsin, descubrió un oasis en el fútbol inglés. Sin hacer muchas preguntas, invirtió setecientos millones de libras esterlinas para comprar al Chelsea. Tampoco recibió muchos cuestionamientos. El antiguo dueño, el millonario Ken Bates, había hundido al club en la bancarrota con su alocada y fallida política de traspasos. Era una cuestión de supervivencia, y el dinero fresco, sin importar su procedencia, fue agua para el agonizante. Abrámovich gastó en la compra, gastó en nuevos jugadores y gastó en el mejor entrenador del mundo. Mil quinientos millones de libras esterlinas fueron el precio del primer campeonato del club en cincuenta años. Los aficionados del Chelsea están felices. Su club, el menos exitoso de los grandes de Londres, ahora es uno de los más importantes del mundo. ¿El método fue el correcto? ¡Qué importa! Los años de burlas y frustración terminaron y ahora es tiempo de alegría. Abrámovich es el *Sugar Daddy* más escandaloso, pero no es el único. El serbio Milan Mandaric compró al Portsmouth en circunstancias similares. El angloegipcio Mohamed al Fayed transformó al Fulham, de candidato al descenso a la cuarta división, en pensionario acreditado de la glamurosa *Premier*. Hasta el cantante Elton John se unió al frenesí comprador. Después de una corta negociación, hizo suyo al club de sus amores, el Watford, aunque hasta ahora no ha tenido tanto éxito. Todos los ejemplos anteriores tienen características comunes. Unos multimillonarios compran a equipos con problemas financieros y deportivos y, para alegría de sus aficionados —hartos de fracasos—, transforman las tristezas en alegrías y las catástrofes en celebraciones. Hasta que llegó Malcolm Glazer.

El asalto del bucanero

Malcolm Glazer es un empresario exitoso. Ejemplo clásico del *self made man* estadounidense, heredó, a los quince años, la empresa de partes de relojería de su padre y la transformó en un emporio de mil quinientos millones de dólares. A partir de entonces, dedicó su vida a invertir en distintas compañías, siempre con inteligencia y siempre con éxito. Pasó así más de cincuenta años, hasta que sus hijos, fanáticos del fútbol americano, lo convencieron de comprar una franquicia. Como en el resto de su vida, la apuesta le salió bien. Transformó a los mediocres *ad infinitum* Bucaneros de Tampa Bay en campeones de la NFL en tan sólo siete años. El equipo que compró en 192 millones de dólares ahora vale más de setecientos. Fue



Glazer: un yanqui en la Corte del Rey Arturo.

después del campeonato de los *Bucs* cuando a Glazer se le ocurrió la idea más inexplicable: comprar el prestigioso Manchester United Football Club. Comenzó con un porcentaje menor de acciones, que poco a poco fue aumentando hasta que, en mayo de este año, protagonizó un espectacular *takeover* de ochocientos millones de libras, para hacerse del 72.9 por ciento de las acciones y controlar, efectivamente, los destinos del club. ¿Por qué lo hizo? Para hacer negocio, sin duda. Aunque aún no queda claro cómo va a conseguirlo. Pidió prestada la mayor parte del dinero utilizado para la compra. No tiene la menor idea del fútbol —aunque diga, en cada entrevista, que siempre ha sido fanático de los *Red Devils*— y ha conseguido

poner a la afición entera en su contra. Desde que la operación era un rumor, los fanáticos del Manchester se opusieron rotundamente. A diferencia de los otros *Sugar Daddys*, Glazer no iba a comprar un equipo en bancarrota económica ni futbolística. El Manchester es una de las franquicias más poderosas del mundo. Multicampeón de Inglaterra, campeón de Europa en 1999. Con 2.3 millones de aficionados en todo el planeta, y balances positivos de setecientos millones de libras al año en venta de mercancía. Por ello, los aficionados en Old Trafford no añoran los triunfos, los conocen de primera mano. No desean nuevos jugadores, tienen a los mejores en su equipo. No buscan cambios en una estructura que ha funcionado de maravilla. En resumen: no quieren que

un multimillonario, de un país donde el fútbol no existe, controle a *su* equipo. Temen, quizá con razón, decisiones a *lo yanqui*. Que el uniforme rojo cambie por uno plateado, que el viejo y adorado estadio sea derribado y reemplazado por una arena *state of the art* sin tradición alguna, o cualquier otra excentricidad que se le ocurra al septuagenario patrón.

Parecen minucias, comparadas con las operaciones de millones de libras, pero en Inglaterra el fútbol se toma muy en serio. Así, las protestas comenzaron desde que la operación era un rumor, y se intensificaron cuando se concretó. Manifestaciones dentro y fuera del estadio, quema de abonos y desplegados en periódicos fueron algunos de los actos de los iracundos aficionados. No tuvieron éxito. Glazer ya controla el club, ha puesto a sus hijos dentro del consejo directivo y planea nuevas estrategias de comercialización y venta. ¿Funcionará el estilo *yanqui* en el fútbol inglés? Es difícil saberlo. La alegría de millones de aficionados depende de ello. En lo que esperan los acontecimientos les queda un muy pequeño

consuelo: destrozar a los pequeños Malcolms cibernéticos estrellándolos contra las paredes de Old Trafford en un juego que pueden bajar de internet.

— MARTÍN DEL PALACIO

PSICOGEOGRAFÍA

Recuerdos de la bruma del bashish y de la diosa Ganga

Llegué a Varanasi en minibús, un ocho plazas rechoncho que traqueó a lo largo de los rectos y estriados caminos de Uttar Pradesh, en la frontera nepalesa. Nos llevó tres interminables y ardientes días, días que pasé sentado frente a un *bippy* australiano que usaba un camisón victoriano. Sin ningún sentido de humanidad ni de respeto por el prójimo, durante todo el camino leyó en voz alta los sonetos de Shakespeare. Francamente, nunca compararé a alguien con un día de verano mientras viva, no después de eso.

Otros pasajeros incluían a una inmaculada y diminuta familia de hindúes. El paterfamilias de bolsillo vestía una camisa blanca, chaleco de hilo, pantalones planchados y zapatos relucientes; la minimatriarca, envuelta en un sari de seda, despedía un aroma a sándalo; el principito usaba una camisa Aertex, shorts grises y sandalias escolares. Esta familia parecía no sudar jamás, las moscas nunca los molestaban. Tomaban *chapatís* de un *tupperware* y, de otro, cuchareaban lentejas con la mano, pero nada de grasa quedaba en sus dedos ágiles. ¿Estaban acaso —me pregunté inútilmente— revestidos de teflón transparente?

Las noches las pasamos en posadas junto al camino, donde sudé y reboté en catres destartados. El alba gris me descubría tan fatalista como cualquier nativo, y cagando impudicamente junto al campo. El paisaje parecía inacabado y, al mismo tiempo, usado, como una vasta cocina en la que nadie se hubiera preocupado por lavar los trastes desde hace milenios. Cuando llegamos a la

Ciudad Sagrada estaba harto de viajar. Me registré en el *bungalow* para turistas del gobierno y me eché en mi cama. La habitación era una caja de zapatos vertical, de piedra, sin nada en ella con la excepción de un colchón y un foco. Afuera había un terreno para bueyes. Durante todo el día, una mujer intocable paleaba el excremento y lo amontonaba en un compacto zigurat que se apoyaba en la pared exterior de mi cuarto. Al anocheecer, se acostaba encima de él y dormíamos uno al alcance del otro.

Tres días después, me sentí lo suficientemente bien como para aventurarme a salir. Había conocido a un ucraniano nervioso mientras sorbíamos altas botellas de *Stag Ale* en el restaurante del *bungalow*. Me dijo que estaba exiliado, que su padre —un oficial soviético de alto rango— lo había mandado fuera para evitar el servicio militar en Afganistán. Creía en todas y cada una de las teorías de la conspiración: los judíos controlaban Estados Unidos y la Unión Soviética, y éstos eran a su vez controlados por venusinos cuya nave espacial estaba anclada en el Triángulo de las Bermudas. Uno podía detectar a los aliens, decía, por su tendencia a la calvicie y por manejar Mercedes convertibles.

Fuimos a la estación de trenes para que yo pudiera comprar un boleto para el Himigri-Howra Express, un potente caballo de hierro ario que me llevaría a través del norte del subcontinente hasta Chandigarh. En la ventanilla “A” me dieron un talón, que llevé a la ventanilla “B” para que me lo autorizaran. En la ventanilla “B” me dieron un nuevo talón, que llevé a la ventanilla de ventas. Todos y cada uno de mis pasos los di a través de un tupido macizo de humanidad, codos angulados, dedos puntiagudos. Emergí parpadeante y confundido a la severa luz del *maidan*. El ucraniano revisó mi boleto y me señaló que había comprado por error un viaje que salía en ocho días y no al día siguiente. Consideré la larga batalla que requeriría cambiar mi boleto, e inspirándome en los auspicios astrológicos insertos en la cultura hindú, y no en la precipitación horológica característica de mi propia cultura,

decidí quedarme los siete días restantes en la Ciudad Sagrada.

Otro despertar con cruda de *kulfi*. Me había conectado con un budista canadiense —de la peor especie. Me subió al manubrio de su bici Supercomet y pedaleó hasta el río. Pude ver una columna de humo levantándose: puerco asado para el desayuno. El budista se arrodilló y rezó furiosamente, mientras yo compartía un *chillum* con un *sadbu* de aspecto rudo. Había arena en el aire, arena en mis ojos, arena en mis alucines. Los terraplenes de templos y santuarios, los miembros morenos y cubiertos de la diosa Ganga —por alguna brumosa, narcótica razón, todo me recordaba a Brighton. Así que me pareció un paso perfectamente lógico el desvestirme, envolver mis huesudas caderas con un *lungi* y descender al flujo natal. A medio camino choqué con el cadáver de una vaca que, hinchado a cuatro veces su tamaño normal, giraba lentamente en la corriente viral. Manoteé, tosí y me sumergí mientras regurgitaba espiroquetas que me durarían toda la vida.

Todo esto ocurrió hace veinte años, y quisiera decir que parece ayer, pero no: parece que ocurrió hace veinte años. Ahora soy mucho más viejo, menos aventurero y menos grifo. Hoy sí cambiaría mi boleto. Aunque, pensándolo bien, ya que mi último destino era Cachemira, tal vez no viajaría ahí en lo absoluto. El pasado es otro país —y su frontera está siempre cerrada. —

— WILL SELF

Traducción de Julio Trujillo

LEGALIZACIÓN

Ceguera voluntaria

No hay peor ciego que el que no quiere ver, dice el proverbio popular. Después de la Marcha por la Legalización de la Marihuana de mayo pasado, la prensa y los medios de comunicación registraron y presentaron una información que, por regla general y salvo honrosas excepciones, dirigió la atención hacia los aspectos menos importantes de la proclama. Casi todas las

notas menospreciaron la pluralidad de los asistentes y se empeñaron en homogeneizarlos como “adolescentes alborotados”.

Se mencionaron el rojo de los ojos y el olor inconfundible de la *cannabis*, pero se omitió mencionar lo pintoresco y variado de los manifestantes, la diferencia sustancial y cualitativa con otras manifestaciones políticas, lo imaginativo de las consignas, así como el comportamiento ejemplar de todos los participantes. Sólo se reprodujo, de forma muy marginal, la información verdaderamente importante para nuestra sociedad. A saber: que el consumo de marihuana no conlleva ningún riesgo grave para la salud y que, como una vez más se demostró, no es un generador de violencia social, mientras que ciertas drogas legales, como el tabaco y el alcohol, sí lo son y en un grado preocupante. Se omitió mencionar lo importante que es diferenciar al consumidor del criminal.

Se omitió mencionar que la marihuana tiene aplicaciones terapéuticas comprobadas ampliamente por la ciencia médica, y que es un acto humanitario ofrecer, con seguridad y responsabilidad, esta opción a los que la necesitan. Se omitió mencionar que los usos industriales de la planta son extraordinariamente numerosos, altamente benéficos en términos ambientales y que contienen un gran potencial de desarrollo económico para el país. Finalmente, se omitió mencionar la importancia de que un grupo pequeño en términos numéricos, pero con un alto grado de conciencia y muchas razones de peso, defienda libertades civiles básicas y la relación histórica de nuestra cultura con esta planta.

Desde luego, la prensa y los medios le dan a su público lo que éstos quieren saber. Pero, como a muchos otros, a nuestro pueblo no suele gustarle mirarse en el espejo: prefiere reforzar una cómoda moral puritana y atribuir despectivamente a un puñado de valientes y festivos consumidores los inmensos males sociales que genera su propia ceguera voluntaria. —

— JORGE HERNÁNDEZ TINAJERO

OCIO

Sopa de letras

Encuentra las palabras escondidas respondiendo las siguientes preguntas.

1. Hay una forma de escrito en la cual la disposición tipográfica procura representar el contenido del poema. Apollinaire tituló así uno de sus poemarios. ¿A qué nos referimos?

2. Este poeta nacido en Irlanda es considerado por T.S. Eliot “como el poeta más destacado en lengua inglesa”. Tiene un poemario titulado *La torre* y sus iniciales son W.B. ¿De qué poeta estamos hablando?

3. Pensador francés que, tras haber permanecido nueve meses en Estados Unidos, escribió uno de los libros clásicos

de la filosofía política titulado *La democracia en América*. ¿De quién hablamos?

4. Julio era el nombre de este extraordinario prosista mexicano. Uno de sus libros se llama *Diálogo de los libros*. ¿Cuál es el apellido de este autor?

5. De entre los muchos personajes notables de la Roma clásica, hubo uno que escribió un tratado para convencer al Senado de condenar a muerte a sus frustrados asesinos. Ese tratado se llama *Catilnarias*. ¿Cuál es el nombre de su autor?

6. Nacido en Tlalpan, D.F., el 16 de noviembre de 1897. Practicó el periodismo y la poesía. “... Soy un hombre de pluma y me llamo Renato...”, ¿Sabes quién es ese hombre de pluma?

7. *La náusea* es el nombre de una novela de Sartre. ¿Sabes cómo se llama el protagonista de esta historia?

8. A pesar de la tuberculosis, de su empleo de burócrata en una compañía de seguros de Praga, de sus cinco tentativas matrimoniales frustradas y de la hostilidad manifiesta de su familia hacia su vocación literaria, es uno de los más grandes escritores del siglo XX. ¿Quién es este escritor?

9. Director nacido en Ferrara, Italia. Una de sus películas está basada en un cuento de Julio Cortázar titulado “Las babas del diablo”. El filme se llamó *Blow-up*. ¿De qué director de cine estamos hablando?

10. Escultor británico conocido sobre todo por sus grandes esculturas semiabstractas de figuras humanas.

Está considerado como el escultor inglés más importante del siglo XX. Su nombre es Henry, ¿sabes su apellido?

11. Filósofo nacido en Viena en 1889. Discípulo de Bertrand Russell y autor de las *Investigaciones filosóficas*. ¿De quién son estos datos biográficos?

12. ¿Cuál es el título del libro de cuentos de James Joyce?

13. El conocido poemario *Las flores del mal* de Charles Baudelaire está dedicado al autor de la novela *La momia*. ¿Sabes el nombre de este escritor?

14. Pensador rumano autor de *Historia y utopía* que murió en Francia en 1995.

15. Gran escritor ruso nacido en 1828 y muerto en 1910, autor de dos de las novelas más extraordinarias que se hayan escrito. —

— SALVADOR

RAMÍREZ JIMÉNEZ

Q	W	E	R	T	Y	U	U	I	C	P	Ñ	K	H	G	F	D	S	A	A
R	M	O	O	R	E	C	F	T	A	H	Y	I	E	F	Ñ	T	L	F	G
F	P	O	I	U	Y	T	R	E	L	Q	W	O	Z	M	L	P	I	D	B
C	M	N	B	V	C	X	Z	A	I	S	D	T	F	G	L	E	D	U	C
T	N	Q	W	E	R	T	Y	U	G	Ñ	K	S	H	F	S	A	G	B	V
G	A	K	F	A	K	Q	W	E	R	V	Z	L	F	T	B	J	A	L	D
U	R	Y	R	D	G	M	N	D	A	R	T	O	S	D	Y	F	Z	I	Z
R	O	Z	F	R	H	Y	I	K	M	F	M	T	Q	Y	E	L	X	N	L
W	I	Ñ	J	G	D	W	T	U	A	P	I	T	R	E	W	Q	S	E	Ñ
P	C	J	D	R	U	J	T	Z	X	B	H	R	U	O	K	Y	E	S	K
S	M	G	R	Y	I	T	O	C	Q	U	E	V	I	L	L	E	O	E	J
W	H	Q	R	G	J	I	R	B	S	A	D	G	J	I	P	A	Ñ	S	T
Q	A	S	D	F	G	H	R	M	B	X	N	T	I	T	R	T	I	L	E
R	O	Q	U	E	N	T	I	N	P	I	U	T	Z	C	B	S	J	K	O
Q	W	D	C	F	T	Y	J	U	T	J	K	X	O	A	Z	F	H	J	F
L	D	F	R	E	W	Q	A	S	V	W	E	R	Ñ	N	U	O	G	K	I
F	F	T	U	Y	I	O	P	L	Ñ	J	G	F	D	A	I	C	X	H	L
E	Q	C	I	C	E	R	O	N	I	P	L	K	G	F	D	O	S	A	O
Z	X	C	V	B	N	M	J	H	G	F	W	R	T	Y	U	I	N	O	Ñ
D	A	W	I	T	T	G	E	N	S	T	E	I	N	C	V	N	M	I	Q